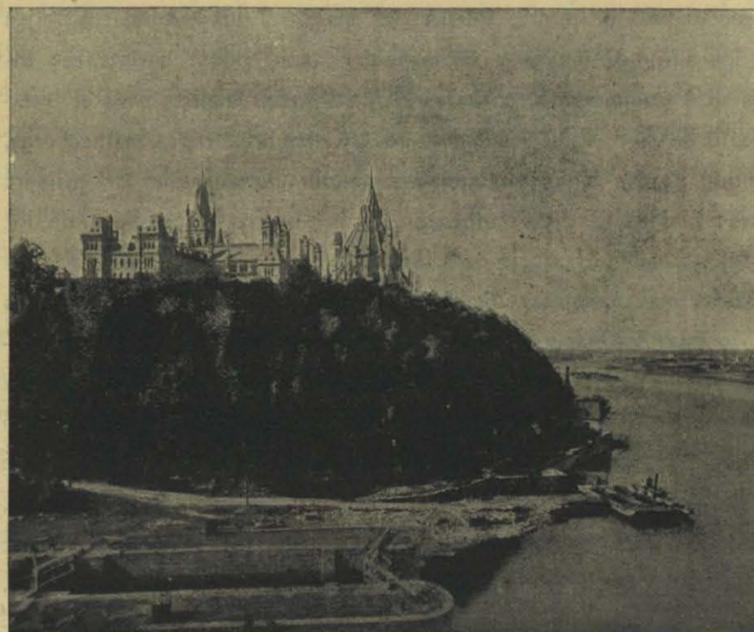


libilidad en las otras profesiones, á través de todas las capas de la sociedad hasta las diversas corporaciones obreras, que sostenían sus privilegios de oficio con rudeza patriótica, no sólo á causa del interés comercial que tenían en quedar como únicas proveedoras de ciertos productos, sino también en virtud del orgullo que les inspiraba la posesión exclusiva de los secretos y prácticas de su industria. Sabido es que antiguamente tal forma de la pasta pertenecía al panadero y tal otra forma era propiedad del pastelero. Un grado más en esta vía, es decir, la consagración religiosa y social de esas divisiones entre las profesiones, los trabajos, los oficios, y la casta quedaría creada en Occidente como en el antiguo Egipto y en la India actual.

Y sin embargo, ese espíritu de cuerpo, que es una de las llagas de la sociedad moderna, tuvo grandeza en su período de evolución, cuando para la conquista ó la defensa de la independencia ó de la libertad, exigía el sentimiento del deber, el sacrificio, el honor colectivo. Unos hombres que se hacen hermanos quedan obligados por esa unión á no desmerecer unos de otros y ante los que han sido testigos de su pacto. El lazo que les une no debe romperse ni aun por la muerte. ¡Cuántas veces, en los combates de los tiempos primitivos, se han unido unos guerreros por medio de cadenas, para formar un solo cuerpo, individuo gigantesco, destinado á vencer ó á morir todo entero! Hasta la historia militar moderna, que, no obstante, no ha de ocuparse de hombres que luchan por una causa libremente escogida, está llena de relaciones que atestiguan la estrecha solidaridad de valor entre compañeros reunidos por la casualidad bajo una misma bandera, en un mismo cuerpo, teniendo por tradición el desprecio de la muerte. «¡Formad el cuadro!» Tal fué, bajo diversas formas, la orden del general en jefe en las luchas supremas. Una estadística, formada cuidadosamente por el ejército británico, establece que la cifra de la mortalidad de las tropas en las batallas, verdadera medida del valor frente á los cañones, aumenta con la reputación tradicional de los regimientos, formando á la cabeza de la lista los *Highlanders*.

Ese espíritu de cuerpo del soldado que se sacrifica por orgullo forma la transición natural entre el sentimiento primitivo de los

hombres libres, que se entregan por completo á una causa amada, y el espíritu de cuerpo actual de las compañías y de las administraciones de Estado, cuyos miembros están unidos para la defensa, la conservación y el aumento de sus privilegios. Júzguese por aquella que, entre todas las profesiones, comprende ciertamente en mayor proporción gran número de hombres superiores, puesto que ne-



Cl. del Photo-Globe.

OTTAWA — EL PARLAMENTO DEL DOMINION DEL CANADÁ

Al norte de la ciudad corre el río Ottawa.

cesita más profundos estudios, obliga á más atentos experimentos y cuenta más con la simpatía humana: la profesión médica. Basta leer los estatutos de las sociedades provinciales, por los cuales los «compañeros de carrera» se unen, para ver que también ellos se han dejado corromper por el espíritu de cuerpo y que la adhesión al público paciente es el menos interesante de sus cuidados. El médico, que es al mismo tiempo un amigo, un precioso consejero que sabe leer en nuestro cuerpo, y al que el afecto, la práctica sagaz de la vida permiten leer también en nuestra alma, el que trae consigo consuelo y fuerza, es el cazador de enfermos, el especulador

en tratamientos y en drogas, el inventor y el propagador ingenioso de nuevas degeneraciones, es un peligroso compadre. El monopolio, no de curar, sino de tratar á la casualidad, es reivindicado por él con una tenacidad singular, y si á veces se ve obligado á acoger como un colega á un Pasteur ó á cualquier otro descubridor de vías nuevas, rechaza con desprecio los humildes curanderos, sobre todo á los que cuidan gratuitamente los enfermos y los heridos. Pero, dígase lo que se quiera, los magos y los curanderos, hijos de los antiguos magos y chamanes, no son todos charlatanes; los remedios tradicionales, conservados en algunas familias para el tratamiento de ciertas enfermedades, no son siempre drogas malhechoras, aunque no las haya estampillado ningún farmacéutico de primera clase; las hierbas, los emplastos de las buenas ancianas y de los salvajes pueden producir curaciones en casos en que las soluciones médicas más modernas quedan impotentes. Terutak, el «médico» de la isla Apemama (archipiélago Gilbert), trató á R. L. Stevenson para un resfriado de un modo que ningún sabio con patente hubiera podido curarle más sencilla y radicalmente¹, un recinto sagrado, algunos pases magnéticos, un sueño profundo, y el paciente se despierta curado. Dícese que los «diplomas son una garantía», pero más bien son una mixtificación, porque nos afirman falsamente el saber de los ignorantes que han sabido recitar frases de manual. Los examinadores mismos afirman que los exámenes son formalidades sin valor.

De esos Estados en el Estado, el más augusto, evidentemente, es el que en otro tiempo quiso ser el dueño absoluto y que aspira aún al imperio universal: el clero. No cede sino palmo á palmo en su lucha secular, y palmo á palmo trataría de reconquistar todo el terreno perdido si no interviniera la ciencia, porque quiere rudamente el poder y tiene la experiencia de él. Y aun dejándole el carácter puramente espiritual en que se le quiere encerrar, es otra casta que aspira á la dominación. Aunque emanada directamente del Estado, la magistratura constituye un segundo clero, á la vez por la solidaridad de sus miembros, el orgullo de

¹ *In the South Seas*, vol. II, ps. 232-235.

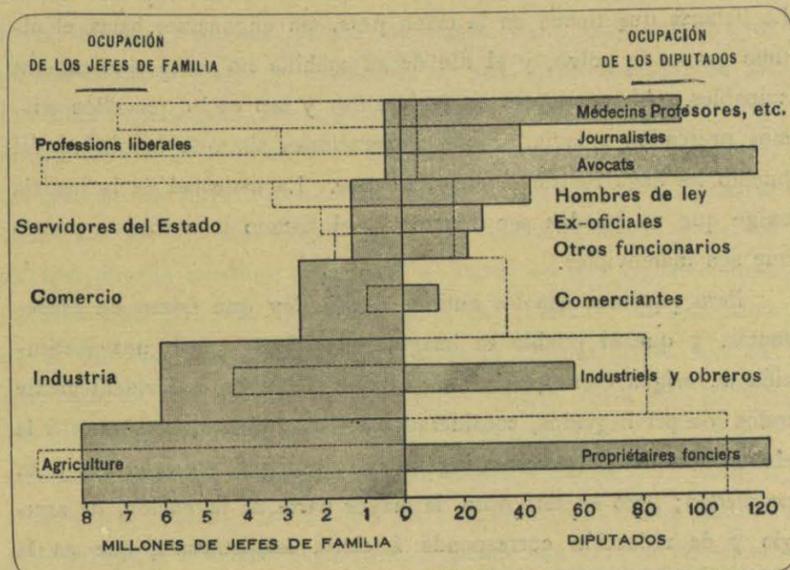
su actitud y el carácter sobrenatural que le place darse. Esa casta no representa á Dios sobre la tierra, pero personifica la Ley, que es también una divinidad, y se ha atribuido por símbolo las tablas de piedra, sobre las cuales están grabadas palabras que se supone durarán siempre. Nada puede borrar esa antigua escritura trazada por el mismo rayo en el Sinaí ó cualquiera otra montaña tonante; así también los juicios de los magistrados deben parecer infalibles. La balanza que tienen en la mano pesa, sin engañarse, hasta el último grano de polvo, y el filo de su cuchilla no corta sino cabezas culpables. Al menos eso se creía antes y eso es lo que ellos mismos pretenden todavía. Pasan generaciones sin que la piedad del pueblo les haga reformar juicios inicuos. La majestad de la justicia exige que no puedan ser injustos, y el Estado lo reconoce puesto que son inamovibles.

Pero ¿quiénes son los autores de esa ley que tratan de representar, y que el pueblo se imagina, en efecto, como una institución de origen eterno, más antigua que el hombre? Evidentemente todos los privilegiados, considerados en su conjunto, colaboran á la elaboración de los decretos legales que protegen sus intereses y su propiedad; pero en esta obra, la mayor parte de invención, de arreglo y de redacción corresponde á cierta magistratura, que es la única depositaria del libro mágico en que están escritas esas cosas. Ella prepara los proyectos de ley que los ministros sostienen ante el Parlamento y, cuando esos textos son combatidos, se encarga nuevamente de ellos con el pensamiento fijo de no modificar su significación fundamental, aunque se cambien los términos. En la discusión fijan el sentido momentáneo de las frases, con el propósito de interpretarlas de otro modo cuando lo exijan los intereses de la casta. Por lo demás, en la mayor parte de las asambleas parlamentarias, la proporción de los hombres de ley está fuera de toda relación natural con las otras clases de la sociedad. Por los antiguos magistrados y sobre todo por la juventud ambiciosa de los abogados, igualmente imbuídos del lenguaje y de las astucias de los leguleyos, los juristas tienen la mayor parte en la representación nacional.

Un curioso diagrama introducido por M. Demolins en su obra

sobre la *Supériorité des Anglo-Saxons* (p. 222), demuestra que la representación llamada «nacional» de Francia corresponde poco á la constitución misma de la sociedad y que en realidad es una «mentira convencional». Los diputados que no han pertenecido desde su nacimiento á la clase burguesa están en ínfima minoría, una, dos decenas,

N.º 556. Francia y su Cámara de diputados.

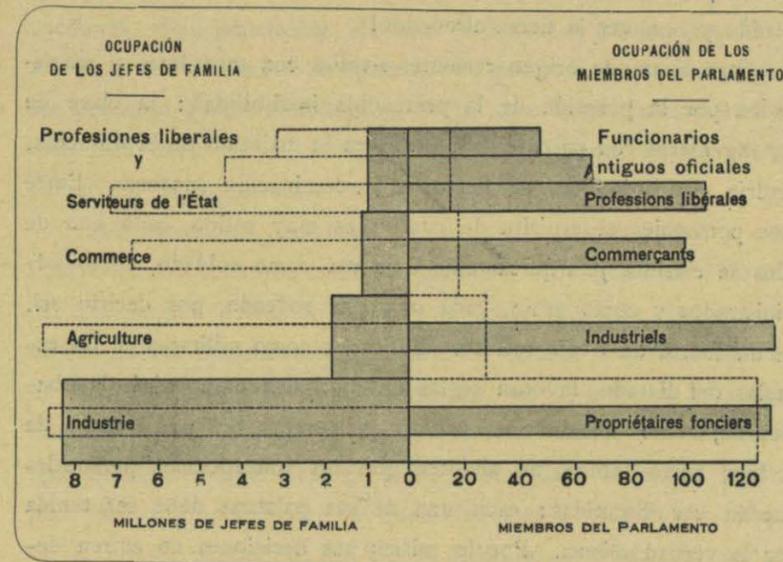


Á izquierda están repartidos los 18 millones de jefes de familia, según los informes del censo de 1901. Á derecha están los diputados de la Legislativa elegida en 1906: 120 propietarios territoriales; 119 abogados; 126 miembros de otras profesiones liberales (46 médicos, 40 periodistas y publicistas, 26 profesores, etc.); 93 ex-funcionarios (26 oficiales, 24 magistrados, 19 notarios y procuradores, etc.); 78 negociantes é industriales (12 comerciantes, 27 jefes de industria, 18 ingenieros, 12 obreros, etc.). Falta una cincuentena de diputados cuya ocupación no ha sido expresada.

tres á lo sumo. Los otros pueden repartirse en cinco grupos, cuatro de los cuales casi se equivalen por el número: los propietarios territoriales, entre los que los delegados de la pequeña propiedad son escasos ó no existen; los abogados; los otros miembros de las profesiones liberales (periodistas, médicos y profesores); después los funcionarios retirados ó dimisionarios (oficiales de los ejércitos de mar y tierra, magistrados, diplomáticos), en cuyos grupos pueden colocarse los notarios y los procuradores; por último, una quinta categoría, menos numerosa, comprendería los banqueros, industriales y negociantes.

Gracias á la alianza de los oradores y de los ricos, que constituyen siempre la mayoría, independientemente del juego de la báscula parlamentaria, las leyes, cuyo conjunto incoherente representa esa divinidad que se llama la Ley, permanecerán siempre con toda seguridad ajustadas á los «buenos principios». Luego, después del

N.º 557. El Reino Unido de la Gran Bretaña y de Irlanda y su Parlamento.



Este diagrama está trazado, para la población, según el censo inglés de 1901, para la composición de la Cámara de los Comunes, según las cifras relevadas por Ed. Demolins, hace una decena de años: 47 funcionarios, 66 ex-oficiales, 107 miembros de las profesiones liberales, 100 negociantes, 131 industriales, 132 propietarios territoriales. Los nombres de esas dos últimas categorías están en lugar el uno del otro sobre la derecha del diagrama.

período preparatorio, viene el de aplicación, y entonces la magistratura puede hacer maravillas escogiendo en el arsenal de los precedentes jurídicos los argumentos que le convengan para blanquear ó ennegrecer al acusado, según que sea «poderoso ó miserable». Terrible prerrogativa la de decidir del bien ó del mal, de clasificar al minuto los hombres entre los buenos ciudadanos ó entre los réprobos. No es posible que el juez, armado con ese poder sobrehumano, resista el vértigo de su omnipotencia moral. Como el clero, al que tanto se parece y al que secunda de buen grado, se entrega á la ilusión de su perfecta superioridad, y en sus conflic-

tos con los otros cuerpos del Estado, decide con serenidad en favor de sus intereses tradicionales. ¡Cuánto más sencilla es la magistratura de la isla de Apemama, ya citada ¹: un solo funcionario, excelente tirador: el rey Tembinok, á la vez amo y propietario, juez y verdugo; una sola advertencia antes de la pena suprema coge al delincuente de improviso y le obliga á escudriñar su conciencia ¡la descarga de un fusil de repetición que hace silbar la bala al oído y remover la tierra alrededor!

Otra casta, de origen reciente, rivaliza con sacerdotes y magistrados por la posesión de la pretendida infalibilidad: la clase de los ingenieros con patente. Si poseyera la majestad de la duración, tendría probabilidades de llegar á la dominación suprema. Entre esos personajes el espíritu de cuerpo es muy sólido, cada uno de ellos se clasifica jerárquicamente á la vez como soldado, como administrador y como sabio, cada uno está rodeado, por decirlo así, de un fuerte de triple recinto. Educados como militares en las escuelas del Estado, invocan reglas de disciplina para exigir la obediencia; como funcionarios, hablan en nombre del gobierno y de la ley; como sabios, no admiten que sus concepciones personales puedan ser discutidas: cada una de sus palabras debe ser tenida por la verdad misma. Por lo mismo sus decisiones no sufren demora, aun cuando encuentren ante sí poblaciones unánimes, imbuidas de una experiencia tradicional y de un conocimiento perfecto de los lugares. Sin duda más de una vez deben reconocer en secreto que alguno de sus «queridos compañeros» ha cometido algún disparate, pero ante todo conviene no dejar entrar al público en la confidencia, reivindicar al mal trabajo como una obra maestra, y sobre todo se ha de impedir á toda costa que uno de fuera, un individuo salido de las escuelas se permita corregir la obra defectuosa de un elegido. Aunque los cuerpos de oficio estrictamente cerrados hayan sido abolidos en los países de cultura europea, no ha dejado de conservarse el monopolio en todas las profesiones de diploma y de jerarquía, de lo que resulta que trabajos de capital importancia se hagan á veces de una manera absolutamente contra-

¹ R. L. Stevenson, *Tu the South Seas*, vol. II, ps. 199-200.

ria al bien público. Así es como en el Havre, á pesar de todos los pilotos y de todos los marinos que frecuentan el puerto, los ingenieros, dictando su voluntad desde París, se han negado constantemente á dotar al comercio local de una soberbia rada, fácil de poner dique, puesto que los cimientos mismos existen á 3 kilómetros de la costa actual: son los restos del antiguo acantilado, que protegen en marea baja una superficie de muchos centenares de hectáreas. Suficientemente elevados y provistos de muelles, darían al Havre un admirable antepuerto. Á pesar de todo, los ingenieros prefieren gastar el cuádruple de las cantidades necesarias al dique, para cavar en el interior de las tierras diques de importancia secundaria en comparación con la rada ¹.

Pero sacerdotes, magistrados, ingenieros con patente y otros funcionarios deberían moderar singularmente su orgullo, si el Estado, del que forman parte, no se apoyara sobre la fuerza, esa «razón» mayor que le dispensa de tener razón. En casi todas las naciones de tipo europeo, se recluta anualmente, en la masa de la nación, una parte muy considerable de la juventud válida y se le adiestra metódicamente en el arte de matar, tomándose todas las medidas para que la gran máquina mortífera funcione á voluntad y siempre en el interés preciso de las clases directoras. Verdad es que los ejércitos no han seguido los progresos de la organización industrial y que bajo muchos aspectos representan una herencia del tiempo de Luis XIV, de formas añejas y pesadas. Se puede juzgar de esa falta de adaptación de los ejércitos á la vida moderna, comparando, por ejemplo, las fuerzas militares de Francia y de la Europa central á las de Suiza, donde se han esforzado para organizar las tropas en fuerzas verdaderamente defensivas, sin interrupción completa de su vida cívica é industrial. Para hallarse á la altura de la ciencia el sistema militar debería evolucionar continuamente; pero, lejos de ello, cada día hace más patente la ruptura de equilibrio. Con la potencia terrible de las armas modernas, se ha aumentado paralelamente el valor relativo de la iniciativa individual; mas, ¿cómo desarrollar la iniciativa sin inteligencia y conservando la obediencia

¹ Fernand Maurice, *Le Havre et l'Endiguement de la Rade*; — E. Prat, *Enrochement de la rade du Havre*.

pasiva? ¿Cómo impedir que cada soldado se dé cuenta en su fuero interno de la ridícula incapacidad de la organización militar y de la inutilidad de los esfuerzos que se le exigen? ¿Cómo no sentirá de modo más pesado cada día el sacrificio que hace abandonando trabajo y familia durante tres años y aun durante dos años? Y no pudiendo sustraerse ningún ciudadano al servicio personal, ¿cómo evitar que se extienda en la nación entera la convicción de que ha pasado ya el tiempo del ejército permanente?



Cl. J. Kuhn, París.

EL HAVRE — ENTRADA DEL PUERTO EN MAREA ALTA

Pero, después de todo, ¿no se ha logrado el objeto principal del ejército, consistente en tener á mano bayonetas obedientes en número ilimitado, menos para oponerlas al enemigo que para atemorizar á un pueblo siempre dispuesto á la crítica, á las amenazas y hasta la revolución? Las tradiciones del ejército exigen que los jefes sean siempre personajes decorativos, que se distinguen, como en la Edad Media, por la abundancia de las plumas y de los bordados, por la violencia de los colores. En Inglaterra, los generales son casi todos hombres de la clase elevada¹, que tienen mucho

¹ H. G. Wells, *Anticipations*.

dinero que gastar en caballos, en torneos y en festines. En Alemania, en Austria y en Rusia son principalmente señores de blasones antiguos; en Francia, la mayor parte se llaman «hijos de los Cruzados», y muchos de ellos, para atestiguar que representan la reacción en su esencia, se glorifican de pertenecer á las familias de los emigrados que combatieron contra Francia durante la primera Revolución. Hasta en Suiza, los cuadros de oficiales, mantenidos en permanencia, constituyen una verdadera aristocracia militar. Deja-



Cl. J. Kuhn, París.

LA RADA DEL HAVRE EN TIEMPO DE CALMA

dos á sí mismos, los ejércitos no tomaron jamás partido por la libertad de un pueblo contra tiranos hereditarios ó usurpadores: en toda ocasión pusieron su fuerza al servicio de algún déspota. Habitados á la obediencia pasiva, no comprendieron jamás una sociedad libre; sometidos servilmente á sus jefes, ayudaban á la sumisión de la población civil.

Hasta cuando el ejército no se emplea directamente como «gran gendarmería» para servir contra el pueblo, sea en las agitaciones políticas, sea en las crisis económicas del trabajo y de las huelgas, no siente menos la hostilidad contra los ciudadanos sin armas. Bien conocido es el gran desprecio de los oficiales de Napoleón hacia

los paisanos ó «pekings», y ese desprecio se halla todavía, aunque en menor grado, en todos los ejércitos, hasta entre los soldados que creen en «el prestigio del uniforme», aunque sólo sea para compensar las humillaciones que les hacen sufrir sus superiores. Ese desprecio engendra el odio, y muchas veces se ha visto el ejército en una guerra nacional, obrar de una manera completamente hostil á los intereses y á los deseos de la nación.

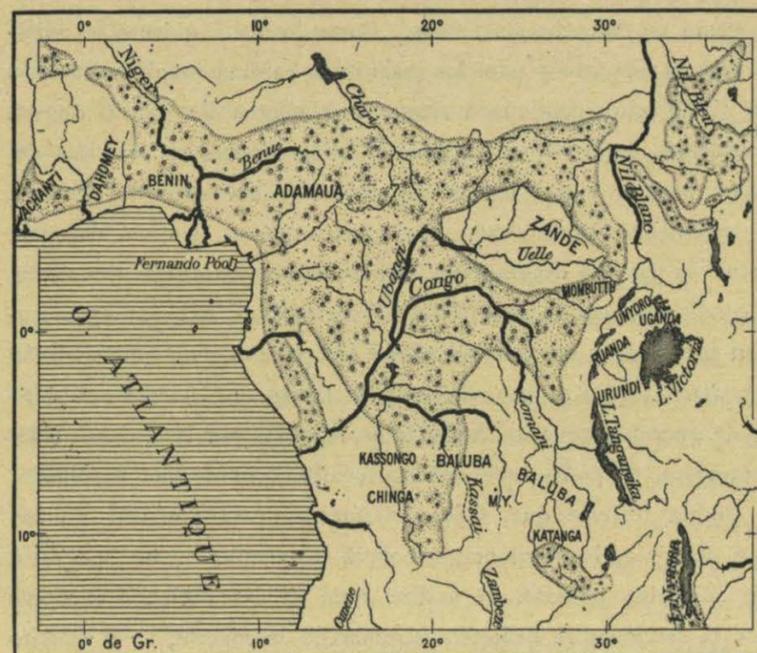
Así, durante la guerra franco-alemana de 1870, Bazaine dejó encerrar en Metz los 170,000 hombres que se le habían confiado, porque quería «conservar un ejército á la disposición eventual de su emperador». Y también, durante el sitio de París, los oficiales que mandaban los fuertes excitaban los odios y las burlas de sus soldados contra los ciudadanos armados; el ejército se hubiera sentido deshonrado por una victoria de la guardia nacional. Por último, en tiempo de paz, la influencia preponderante de las castas militares atribuye á los retirados y á los inválidos, con gran perjuicio del servicio público, numerosas funciones á las que el régimen del ejército no les ha preparado en manera alguna. En Argelia, en el Sudán, se llega hasta desanimar y perseguir á los exploradores que no pertenecen al ejército ó á la Iglesia.

Á propósito de los crímenes que se produjeron en diversas ocasiones en los ejércitos coloniales y que causaron en el mundo una sensación de horror universal, se emitió la idea de que la influencia del sol tropical sería causa de una enfermedad especial, la «sudanitis», que se manifestaría especialmente en los oficiales y les haría cometer actos abominables y sin causa aparente. Esta invención de una enfermedad particular á los militares graduados, que presenta la gran ventaja de ser premiados por los consejos de guerra, y parcialmente también por la opinión pública, recuerda el descubrimiento hecho para el robo en los almacenes de novedades, cuando es cometido por grandes damas que no tienen necesidad de los objetos que se llevan: es entonces un simple caso de kleptomanía, que corresponde, no á los tribunales, sino á la medicina. Sin embargo, en los oficiales dejados en algún terreno colonial, la locura criminal se explica fácilmente sin acceso de sudanitis: el poder absoluto ejercido sobre seres considerados apenas como hombres y

sin haber de temer el juicio de un igual, la reprobación de un solo individuo cuya conciencia ó pensamiento se respeta, ese poder se transforma rápidamente en imperialismo ó en pura maldad.

Organizado para el mal, el ejército no puede funcionar sino para el mal. Durante la guerra destruye todo por el hierro y por

N.º 558. Monarquías del África central y del Sudán.



1: 40 000 000

0 500 1000 2000 Kil.

Según Leo Frobenius — *Geographische Kulturkunde*, p. 9 y siguientes, — existe en el África central y en el Sudán una disposición geográfica de las formas gubernamentales. En el centro, el cazador en el bosque ecuatorial, después la zona de los agricultores que viven en régimen comunal, rodeada por la de las monarquías agrícolas: Achanti, Dahomey, Benin, Adamaua, Zande ó Niam-Niam, Mombuttu ó Mangbattu, Kassongo, Chinga, Baluba occidental (M. Y. = Muata Yamvo), Bakuba, Baluba oriental, Katanga. Además se encuentran los pueblos pastores que, en el Este, han constituido imperios: Uganda, Unyoro, Ruanda, Urundi, etc.

el fuego, y la patria que le mantiene, que le suministra los elementos y las armas, gasta para él todos sus recursos presentes y grava el porvenir con tantos empréstitos como los banqueros del mundo quieren consentir. ¿No hubiera aprovechado el Japón la victoria de Mukden y no duraría todavía la guerra de la Mandchuria (1905),

si no se hubiera agotado su crédito? Verdad es que los conflictos entre grandes potencias han llegado á ser acontecimientos raros, porque cada una de ellas teme con fundado motivo los formidables esfuerzos que exigen semejantes luchas, pero los orgullosos Estados se indemnizan destruyendo acá y acullá algunos enemigos lejanos, demasiado débiles para resistir, sin contar que lo que se llama la paz y que es una continua preparación para la guerra, queda siempre como un derroche sin límites. Los soldados á quienes se adiestra para el ejercicio y para las maniobras cuestan infinitamente más que si hubieran continuado siendo productores de pan ó de sus equivalentes en trabajo. Muchos de ellos olvidan las prácticas del trabajo regular y no pueden emprenderlas nuevamente á la salida del regimiento; por último, en paz ó en guerra, y quizá más aún durante la paz, los desgraciados, colocados por el aislamiento sexual en condiciones contra naturaleza, se corrompen fatalmente y comunican sus vicios y sus enfermedades á los paisanos con quienes están en contacto. ¿No se han visto en las Indias suspenderse operaciones de guerra porque los regimientos, atacados por las enfermedades contagiosas, no podían salir de sus cuarteles ni de sus hospitales?

Podría temerse que, bajo el esfuerzo de la violencia militar, cuyo principio, la obediencia absoluta, es completamente opuesto á toda iniciativa popular, el destino fatal de las naciones europeas fuese la servidumbre definitiva seguida de la muerte, si el ejército fuera estrictamente uno en su organización íntima, como aparece en las conferencias que los soldados están obligados á sufrir y en las que cada falta á la consigna, á las órdenes de los jefes, está señalada, como en una especie de estribillo, por una amenaza de pena de muerte. Pero el ejército no es uno; lo de abajo no se relaciona con lo de arriba por una adherencia voluntaria de una parte y de otra; el conjunto no forma una «gran familia» como suele repetirse con frecuencia. Al contrario, los sentimientos de aversión dominan entre los oficiales y «sus» hombres. No puede ser de otro modo: los oficiales, en gran mayoría, pertenecen á las castas de la nobleza y de la burguesía; han vivido fuera del pueblo pobre; han seguido una vía especial; salvo excepciones, jamás han sido soldados de segunda clase y, durante mucho tiempo, el medio más efi-

caz de evitar en absoluto la cohabitación de la cuadra consistió en abrazar la carrera militar; puede decirse más: los oficiales salidos de filas no alcanzan generalmente una consideración igual á la que gozan sus colegas salidos de las escuelas. El oficial domina desde tan alto al militar no graduado, que toda cordialidad se hace imposible: las condiciones de la vida del soldado se arreglan por sargentos, clase híbrida, despreciada por los unos y odiada por los otros. Hasta en los buques de guerra, donde por ser el espacio tan reducido parece que el contacto habría de ser inevitable, allí mismo, y allí sobre todo, la separación es completa entre los que mandan y la tripulación que ha de obedecer á la menor señal: en ninguna parte se hace sentir más duramente la rigidez brutal de la casta: diríase que los jefes sienten la necesidad de aumentar la distancia moral para compensar la falta de distancia material.

Gracias á esta línea de separación absoluta entre los oficiales y los «hombres», la sociedad ha podido á pesar de todo evolucionar hacia lo mejor. Si la guerra, con toda su vida particular de horrores y de matanzas, fuera la ocupación real del ejército, éste encontraría su monstruosa unidad fuera del cuerpo social, pero felizmente los grandes conflictos internacionales son raros y el desdoble se hace entre los dos elementos del organismo militar: la casta de los oficiales se asocia á las otras castas directoras, mientras que por su parte la tropa gravita naturalmente hacia la masa del pueblo de donde se le ha sacado y donde volverá después de algunos centenares de días, cuya cuenta exacta lleva cuidadosamente en su memoria cada soldado deseoso de libertad. El contraste es harto manifiesto para que los grandes jefes no puedan osar nada, y se vean obligados á sufrir la ingerencia de los paisanos en sus asuntos, cosa monstruosa á sus ojos. Los símbolos republicanos, banderas, cantos, fórmulas les chocan en gran manera, pero el destino les obliga á acomodarse á ellos. Mandan, pero sólo en apariencia; han de acomodarse también á un nuevo orden de cosas; se creen libres y la corriente les lleva hacia un porvenir desconocido.

El código que rige al ejército, desde el general hasta el simple soldado, se presenta con cierta unidad, pero de hecho se aplican á los elegidos del cuerpo superior y á la multitud de los no